

ENAJENACION Y DEPENDENCIA SOCIO-CULTURAL DE EL SALVADOR

ECA no es una revista de arte, en la acepción corriente que se suele dar a este calificativo. En este sentido, sus páginas no suelen presentar trabajos de creación artística.

Sin embargo, el arte es también una parcela de nuestra realidad nacional y, como tal, objeto predilecto del quehacer universitario. No existe el arte como una abstracción que surgiera en una tierra de nadie o en una atemporalidad ajena a los estremecimientos de la historia. Lo que existen son hombres empeñados en laborar y elaborar artísticamente su propia realidad; y, en esta labor, son necesariamente hombres de su circunstancia. Hombres que, sobre el barro de su taller, van dejando la huella de su experiencia y, en ella, la experiencia de aquellos que por su medio hallan expresión. El artista, mejor o peor, es voz del pueblo o voz de su amo, expresión de los que sufren o expresión de los que oprimen. Precisamente por ello, el arte es problema, pregunta a la que ineludiblemente tiene que responder cualquiera que pretenda comprender una sociedad y, con mayor razón, cualquiera que quiera cambiarla.

El presente número de ECA, preparado por el Lic. Leonel Menéndez, trata de plantearse este cuestionamiento frente a la realidad salvadoreña. Interrogación descarnada, sin tapujos, a veces incluso brutal, como brutal es la realidad misma de El Salvador. Se trata, pues, de un número incisivo y, bajo más de un aspecto, polémico. Un número que motive la reflexión, la crítica y, de algún modo, abra cauces a un nuevo quehacer artístico nacional, como nueva es la nación que todos —incluido el artista— estamos llamados a realizar.

En este cuestionamiento, algunas preguntas pretenden llegar a la raíz misma de los problemas. ¿Qué es el arte? ¿Puede haber verdadero arte cuando no hay compromiso humano alguno —que es existencial y político— con la propia realidad social? ¿Cuáles son y cuáles deben ser las venas de la creatividad artística? En última instancia, ¿arte para qué y arte para quién?

Quienes escriben en este número son conscientes de la precaria situación en que se encuentra el arte y el artista salvadoreño. El diagnóstico es desolador: en El Salvador se produce poco, muy poco arte; de lo poco que se produce, sólo una ínfima parte puede ser considerado de valor; y ese mínimo valioso encuentra grandes barreras para su manifestación y difusión.

¿Las causas? Para unos, es parte del subdesarrollo general del país; para otros, consecuencia lógica de la reificación operada a todos los niveles por el sistema capitalista actualmente imperante; para otros, fruto inexorable de la situación de opresión en que vivimos; para otros, finalmente, síntoma de nuestra situación de enajenación y dependencia sociocultural. Posiblemente, todas estas perspectivas tengan su parte de verdad. En todo caso, el hecho está ahí, con la patencia desvergonzada de una sociedad que, en lugar de superar su miseria, prefiere ocultarla tras una falsa sonrisa turística.

La discusión está abierta. Es derecho de cada cual estar de acuerdo o disentir con las opiniones vertidas por los autores de este número. Pero es obligación de todos tomar conciencia sobre la gravedad de la situación que ellos denuncian y de la nueva situación que, como exigencia y reto histórico, el artista debe anunciar.

